



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11888

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraño.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 28 DE JUNIO DE 1901

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loretta rue Oumarthe 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## Pesimismo

Ni á tizonazos nos saca nadie del estado de enervamiento en que hemos caído desde que perdimos las colonias. Es verdad que antes estábamos de la misma manera; de modo que casi no se ha notado transformación alguna en nuestro modo de ser y de pensar.

Como los enfermos desahuciados que ya no abrigan esperanzas de salvación, dejamos que el tiempo nos acabe, sin lucha ni protesta. ¿Para qué si la fatalidad preside nuestros actos y no podemos huir de sus rigores?

Desde lo más pequeño á lo más grande lo aceptamos con tal indiferencia, que lo que debiera alegrarnos nos entusiasma y lo que debe entristecernos lo recibimos con encogimientos de hombros.

¿Se trata de elecciones? ¿Se prueba la falsedad del censo, y se proclama la necesidad de depurarlo? Pues que lo depuren los que quieren hacerlo, porque de todos modos la voluntad del país será letra muerta.

¿Se trata de peligros exteriores? ¿Qué desdicha! No estamos preparados para nada; ni tenemos tiempo de organizar la resistencia, ni disponemos de elementos. Hay que resignarse á lo que venga y debemos cerrar los ojos á los que nos hablan de esperanzas y planes que son descabellados, verdaderas locuras.

¿Es del ejercicio de un derecho de lo que se trata? ¿Para qué lo queremos? ¿Vale la pena de que nos preocupe su conservación? Va ya entorpecida esa estafermo conquistado en combates reñidos por las generaciones que nos precedieron. Ya lo decía el ilustre político que llamamos Posada Herrera, cuando desde la tribuna del Congreso exclamaba: «¿Qué pedazo de pan le dáis al pueblo con un derecho más?» Los ilusos de entonces tomaban al pié de la letra la frase de Jesús y creían que el hombre necesitaba para vivir otra cosa que pan.

¿Se necesita sanear el suelo para batir la fiebre ó es preciso levantar un dique para atajar la inundación? Pues esperemos que el Gobierno ejecute las obras. ¿Nosotros? ¡Imposible! ¿Dónde vamos á encontrar los recursos necesarios? En ninguna parte.

Así viven la mayoría de los pueblos de España, echados en el surco, desesperanzados, fallos de iniciativas, sin voluntad para suscribirse á sus males y cuando más fiando en que el Gobierno los aliente cuando menos lo esperen.

En esas condiciones no iremos jamás á la regeneración. Para llegar á ella se necesitan dos grandes elementos: la fe y la voluntad, elementos de que carecen en absoluto la mayoría de los españoles.

Si el pesimismo sirviera para escalar las grandezas porque España suspiraba por ellas, ¿qué importaría que fuera mojar, no habría pueblo más

grande que el nuestro, ni más rico ni más floreciente; porque España bate el record del pesimismo en tales condiciones y con tanta ventaja que no hay temor de que otro pueblo le quite el campeonato

## TIJERETAZOS

Cuando decimos que ese concierto económico que pide Barcelona tiene segundo fondo con sorpresa, por algo será.

Contra él protestan varias poblaciones catalanas que no quieren que las absorba Barcelona.

Y un periódico de la propia capital del principado lo da esta estocada:

«Nosotros, mientras vemos la onta de peñeros que pide el concierto económico, estaremos contra él, porque algo tendrá el agua cuando la bendicen.»

Justo, algo tendrá cuando se hace antipático á las poblaciones catalanas que no son Barcelona.

Lo que dirán esas poblaciones:

«Entre la tiranía del ministro de Hacienda ó la de los directores del cotarro que pide el concierto, preferimos la del señor Usanz.»

Y se comprende: No hay peor cura que la de la misma moneda.

Loemos:

«Tenemos entre las naciones una amiga cariñosa y desinteresada, dispuesta á prestarnos en lo futuro, como nos los ha prestado en el pasado, todo género de servicios.»

A ver, que se presente y la conoceremos. Porque nos es tan rebelde la memoria que no recordamos que nación ninguna nos haya hecho beneficios con ningún motivo.

Cuando nos hemos arrimado á cualquiera de ellas nos ha tocado pagar los vidrios rotos.

Por cierta que siempre han sido caros.

Por una cuestión de actas han tomado las de villadiago—léase Barcelona—los regionalistas.

Por otra cuestión de actas ha hecho dimisión el presidente del Congreso.

¡Pero es que eso de las actas es algún mansanillo que mata con su sombra!

## ¡SUDEMOS!

Sobre las desiertas calles de la ciudad soñolienta, extiende el sol una alfombra de luz que los ojos quemar. Todo es rojo, todo es fuego, todo abrasa, todo enerva; que el calor se va infiltrando traicionadamente en las venas y lleva al cerebro nubes, y á los músculos pereza.

Sofocado el pejarillo dentro de la janla estrecha buscando con ansia el aire inquieto revolotea.

Se apagaron los rumores que en esas horas primeras como símbolos de vida sordos el espacio atronaban; el silencio es el que manda, la calma es la que gobierna; y en la penumbrosa estancia de entornadas vidrieras se disponen «los felices» los que á todas horas huelgan, á buscar grato reposo en la apetecida siesta.

Allí en lo alto de la bamba el alpañil canturrea blandiendo pesadamente

la destructora piqueta, y á cada golpe en el muro el sudor su rostro anaga, y la asfixia lo persigue y el bochorno lo marca.

En esas horas terribles en que natura se incendia á los besos ardorosos del astro rey de la esfera, para hacer más soportables sus sofocantes molestias, oigan un sano consejo y barato, por más señas; no hay más que acordarse un poco del frío de la Siberia... y si no fuera bastante, pensar hasta con tristeza en los pobres segadores que encorvados en la tierra reciben chorros de fuego teniendo por recompensa de la labor angustiosa que mina sus existencias, un reducido salario y un porvenir de miseria. Con que sudemos á gusto, y ¡ay del que no se consuela!

Joaquín Navarro.

## EL ZAR INTIMO

Un día en Palacio.—El zar: sus costumbres, sus distracciones. El trabajo y la familia.

Un diplomático suizo ha dado á un redactor de «Le Matin» algunos detalles acerca de la vida de Nicolás II, el emperador de Rusia.

El joven soberano se levanta á las ocho y media en punto, se viste él solo, se desayuna con una taza de té, y á las nueve en punto entra en su gabinete de trabajo, donde permanece por espacio de una hora discutiendo con sus secretarios los más importantes negocios de Estado.

Entre diez y once almuerza ligeramente, da audiencia de nuevo á sus ministros, escucha sus observaciones y firma los innumerables documentos que cada mañana se amontonan sobre su mesa. Unos doscientos, según estimos del diplomático.

Después lee los periódicos franceses, alemanes é ingleses y la correspondencia secreta que sostiene con los gobernadores de provincias.

Lee las cartas por sí mismo, y de su puño y letra las anota al margen. Estas observaciones son ordenadas por sus secretarios particulares y transmitidas inmediatamente á los interesados. Es el trabajo más delicado que Nicolás II hace con más escrupuloso cuidado.

Nunca fuma mientras trabaja, pero bebe sendos vasos de té.

A la una el emperador abandona el trabajo y come con la emperatriz. Desde esta hora hasta las cuatro es el tiempo que el zar consagra á la vida de familia. Conversa con la zarina y sus tres hijas, las acompaña en sus paseos, á pie, en coche ó á caballo por el parque, y toma parte, no pocas veces, en los juegos infantiles de las tres princesas.

A las cuatro reanuda sus tareas hasta las siete, en que se le sirve la cena.

El resto de la tarde lo pasa el zar en familia, pero algunas veces vuelve á las diez á su despacho, ya para atender á su correspondencia privada ó para estudiar los problemas que al día siguiente han de ser puestos sobre el tapete por los ministros.

Nunca se acostaba el zar antes de la una, y á veces no lo hace hasta después de las dos.

Véase, pues, como no puede aplicarse la jornada de trabajo de las ocho horas al soberano ruso.

Es otra característica de la corte de San Petersburgo la facilidad de tener acceso hasta el emperador.

En tiempo de Alejandro III, cuando se obtenía una audiencia, era recibido el interesado con un secreto absoluto é inusitado lujo de precauciones.

El oficial de guardia conducía hasta Palacio al visitante. Este hacía una hora de hora y media de antecámara, y cuando le llegaba su turno se le hacía atravesar por un dédalo de antecámaras, corredores y piezas oscuras, hasta el despacho de Alejandro III.

Con el emperador había siempre un perro de gigantesca alzada, que á los pocos instantes anunciaba con descompensados ladridos que había terminado la audiencia.

Hoy día nada de esto ocurre; no hay misterios ni rodeos, ni temerosos preámbulos.

A la entrada del Palacio se muestra al oficial del retén el pase, y con esto se tiene ya acceso hasta la misma cámara, en donde se le recibe el interesado al poco tiempo.

El emperador, hasta ahora, no parece disgustado de esta sencillez de costumbres.

Su salud, antes quebrantada, es cada día mejor, y los complots contra la persona del soberano son más raros.

## Curiosidades

Muchas veces ha causado extrañeza la rapidez con que las noticias se transmiten en los países habitados por salvajes, tales como los del centro de Africa.

Esta rapidez es tan asombrosa, que se ha dado el caso de que los árabes del Sudán supieran antes que los europeos derrotas importantes sufridas por los ingleses en su guerra con los boers.

Un explorador francés ha hecho recientemente un estudio minucioso del asunto. Dice que las comunicaciones se transmiten entre los negros por medio de varios instrumentos, entre los cuales los más comunes son cuernos y tom-toms.

Los cuernos son de marfil, y los hacen vaciando un colmillo de elefante. Colocan la boquilla á un lado, y la gradúan de modo que pueda dar siete notas distintas. Por lo general, estos cuernos son excesivamente largos.

Los tom-toms ordinarios consisten en un tronco hueco de madera con una piel de cabra puesta muy estirada en cada uno de los extremos, como si fuese un tambor.

Durante el estudio que hizo el explorador francés ocurrieron dos casos notables de rapidez de transmisión de noticias por un indígena de una tribu vecina de que un tren cargado con provisiones había sido atacado por ladrones negros dos días antes á 233 kilómetros del puesto. Una semana después llegaron noticias confirmando las del indígena.

El otro caso es el de un oficial del Congo francés, que pereció ahogado en el río Congo, y se tuvo noticia del suceso á la mañana siguiente en una aldea que distaba 344 kilómetros del lugar de la desgracia.

Algunas tribus hacen también uso de una especie de xylofono de cuatro notas, por medio del cual y de un lenguaje combinado los indígenas se comunican unos con otros á largas distancias.

Los árabes, que, como es sabido, monopolizan casi el tráfico en el interior de Africa, emplean el mismo instrumento en sus viajes comerciales y en sus expediciones guerreras. Por medio de los xylofonos avisán á sus agentes su próxima llegada; tienen establecidas verdaderas líneas regulares de puestos, donde se reciben los avisos y se transmiten más allá; y así los comerciantes, al llegar, encuentran siempre dispuestas las mercancías, las provisiones y las municiones.

## Botha y lord Kitchener

El «Noticiero de Rotterdam» publica una versión de la famosa entrevista celebrada entre el general Botha y el lord Kitchener.

entre el general Botha y el lord Kitchener, jefe del ejército inglés de Sud-Africa, verídica, según se dice, á lo que parece, de labios del general boer.

«Madame Botha solicitó un pasaporte para ir á ver á su marido y pedirle dinero que necesitaba para atender á sus necesidades.»

«Los ingleses empezaron por proponerle como condición previa que aconsejara á su marido que cesaran las hostilidades por su parte.»

«Madame Botha, como es natural, se negó á aceptar tal condición, y en consecuencia, le fué negado el pasaporte que pedía.»

«Entonces la señora del general, que debe ser moza templada, replicó serenamente:»

«Digan ustedes á lord Kitchener que «preocuparé de su autorización para avisarme con mi esposo.»»

«Lo ocurrido llegó á oídos del general Kitchener, quien envió á uno de sus ayudantes para que presentara sus excusas á madame Botha y para solicitar de ella una entrevista.»

«Kitchener firmó en el acto el pasaporte y se contentó con rogar á la dama boer que en su nombre citara á su marido.»

«Madame Botha se trasladó á un acto seguido á Tannersberg, en donde radicaba el Gobierno ejecutivo de ambas Repúblicas, que autorizó al general Botha para asistir á la cita de Kitchener, y se decidió acto continuo que el secretario del presidente interino, Mr. Van Velden, y el del general Botha, acompañaran á éste en su expedición.»

«Los boers eligieron sus mejores caballos para presentarse decorosamente al enemigo. Botha cabalgó en un potro blanco, el cual se lavó con el último pedazo de jabón que aun conservaban los boers.»

«A la entrada de Middelburg, lugar de la cita, se encontraba una escolta inglesa de honor que condujo al general Botha ante Kitchener, quien á su vez le rogó se trasladara con él á una habitación de su cuartel general.»

«Botha solicitó que la entrevista se verificara en presencia de testigos. Kitchener manifestó que era «inútil» esa precaución. Entonces Botha se levantó y llamó á sus compañeros.»

«Desde el principio de la entrevista Botha declaró que la única base que podría llevar la cuestión á buen terreno, era la independencia de las dos repúblicas.»

El general Kitchener preguntó á Botha si deseaba conferenciar con sir Alfredo Milner.

«Botha declaró terminantemente que jamás accedería ver al hombre «autor de las desdichas que sufre el Africa austral.»»

«El general boer se hizo eco de los resentimientos transvaalenses, producidos por los malos tratamientos de que han sido objeto los niños y las mujeres boers y de la mortalidad que diezma á los no combatientes concentrados en los campamentos ingleses.»

«Kitchener manifestó su propósito de iniciar una investigación acerca de estos extremos, pero también declaró que no veía medio de dar fin á la guerra, sin alejar á las mujeres y á los niños, atendiendo á que cada hogar transvaalense era un depósito de vitualia para el Ejército republicano.»

«Preguntó á Botha por qué éste había acogido de tan mala manera á ciertos transvaalenses que le habían aconsejado que depusiera las armas.»

«Si tal hice—dijo Botha—es porque son unos traidores, que en 1899 votaron por la guerra y después se acantonaron en puestos fáciles, en donde entregaron las armas á la primera ocasión que se les presentó.»

«Entonces, me explico la actitud de usted—dijo el general Kitchener—y le doy la razón.»

«El cardillo inglés, durante toda la entrevista observó una actitud de «valiente» y de hombre franco y leal.»